

El destino del siglo XX fue llevar a su clímax unas ideas fundamentales. Ni honor, ni infamia, como los esteros de los grandes ríos recogió entre júbilos y ascos las quintaesencias y los deshechos de una cultura en litigio perpetuo, de unas formas temporales, y de unas maneras de entender el mundo, la vida, y el infinito, que no tenemos más remedio que padecer, y amar y temer.

Detrás de la muerte de Dios y la destitución del alma que se atribuyó, vinieron el fin de la pintura, la dignificación del ruido en reemplazo de la vieja música, el rebajamiento de la literatura a simple apéndice de la industria editorial, y a falta de una filosofía y una religión acabó contentándose con los libros de autoayuda y con Paulo Coelho.

La primera mitad asistió a una confrontación colosal entre el mito nazi de la raza y el mito comunista del pueblo, los deberes de la aristocracia y los derechos de la plebe, tan parecidos en sus métodos y sus consecuencias. Y en la crisis redujo las personas a esclavas de la economía o el inconsciente. La razón que distinguía a los hombres de las otras especies de monos estaba arraigada en el subsuelo arcaico del cerebro del simio, y la Historia era a lo sumo reflejo de enjambres de ensueños egoístas anclados en un pasado podrido de miserias.

Occidente mezcló en una síntesis abracadabrante los lloros de los profetas semitas, los anales de un pueblo aporreado por un Dios volcánico y celoso, el bíblico genocidio, plagado de cobardías, de engaños entre parientes y demonios de los cerdos; la turba de los dioses paganos, los claros como Apolo y los sombríos como Mitra o Baco; las intuiciones de los santones del oriente remoto y la pedagogía de Sócrates. Eso le concedió el carácter belicoso, y un cierto sentido de la tolerancia que le permitió apropiarse de todo en una amalgama donde conviven las ansias de expansión del espíritu fáustico, que mientras más profundiza en su tarea más vacío se encuentra, y el monje que pretende reducirse a nada para ser todo.



Eduardo Escobar

Volver a Camus

En un conflicto milenario, en un combate intestino sin fin hasta hoy, Occidente dividido entre la inconformidad y la autocomplacencia se esforzó por establecer un orden amoroso, y resultó legitimando el caos, el desorden inocente de los instintos y el crimen justiciero, y se quedó por fin sin Evangelio en un laberinto de artilugios tecnológicos, y sin rumbo en una telaraña de autopistas.

La noción del Dios único y el repudio de ese Dios suscitaron una fabulosa discusión sobre la dignidad humana y exacerbaron las antiguas ilusiones de la justicia, la libertad, y las otras grandes palabras que tanto mal nos hacen al decir del poeta. Y sembraron en la conciencia, sin advertir la contradicción, la sospecha irresponsable de que nacimos para ser felices y eternos, tenemos el deber de perfeccionar una creación defectuosa, y somos al mismo tiempo simples entes históricos, intrascendentes, y dudosos, pues la misma realidad fue puesta en entredicho. La fantasía en una coherencia tranquilizadora incubó el sentimiento de insignificancia. La duda fue la vocación de Occidente, y su exploración infatigable de la naturaleza le dejó como botín el relativismo en lo moral, el principio de incertidumbre en lo físico, y la certeza escabrosa de que la razón puede engendrar monstruos y pavores inesperados.

En este paisaje fascinante y triste, halló éxito el concepto de absurdo del existencialismo, surgido en medio de las dos carnicerías monstruosas que hicieron inolvidable el siglo XX al convertir la Tierra en un cementerio grotesco, y pulverizar las grandes ciudades históricas con sus monumentos de veneración, sus teatros para el relajamiento, sus universidades y las catedrales que justificaron sus búsquedas. Ahora el cielo calla. Y las erosiones de la biosfera amenazan la permanencia planetaria de la vida humana. Y el Otro, el testigo justo intuido por los hombres de buena voluntad no consiguió hacerse a un lugar en el mundo. La libertad era sólo una hipótesis necesaria contra el desánimo, si cada elección equivalía a una mutilación.

Francia fue el escenario donde la polémica del Occidente cristiano alcanzó una virulencia incompa-

rable en el siglo XX. Los humanismos de los filósofos alemanes y rusos, como el hegeliano Kojève que tanta influencia ejerció, y los anarquistas de Bakunin, pugnaron por realizarse en la patria de Descartes, Montaigne y Pascal. Las ideas de la Revolución Francesa que sirvieron al edificio engorroso de Hegel fueron devueltas a casa, y a su retorno el genio de Francia se empeñó en aproximarlas a la vida cotidiana. Un montón de talentos reunidos alrededor de unas revistas legendarias fomentaron una poderosa discusión alrededor de los viejos tópicos, angustiados por entender un mundo problemático. La lista es larga: Koestler, Aaron, Pawells, Garaudy. Pero entre todos sobresalieron los nombres de Sartre y Camus.

El siglo XX se habituó a ver a Jean-Paul Sartre, nacido en 1905, en el centro de las grandes disensiones. En las manifestaciones de la izquierda. Escribiendo cartas de indignado, en agitación perpetua, controvirtiendo todo con un rigor rayano en la neurosis, según afirmó su amante eterna, Simone de Beauvoir. Con el apoyo de sus amigos, Lanzman, Jeanson, Nizan, un filósofo llegó a hacerse tan popular como un boxeador o un actor, y formó parte del espectáculo trivial de un mundo inclinado a la admiración sin examen previo.

Aunque no fuera por *El ser y la nada* o *La crítica de la razón dialéctica*, ni por su estrambótica actividad de crítico literario que trazó paralelos arbitrarios entre personajes disímiles como Jean Genet y Santa Teresa, sino por su figuración permanente en las luchas callejeras de la posguerra, hasta su muerte en 1980, siempre encarnando su teoría del escritor comprometido, Sartre tuvo mucho de estrella. Y disfrutó su papel de testigo irremplazable del mundo conflictivo, de las últimas guerras coloniales y de las turbulencias que infectaron la sociedad desde las estepas rusas. Fue enterrado como un héroe. Contradiendo su papel de olímpico había imaginado para sí mismo un funeral sencillito acompañado por unos pocos amigos y por jóvenes maoístas, pero fue conducido al cementerio por una multitud de cincuenta mil admiradores que nunca supieron bien por qué lo amaron. Uno dijo que sus funerales fueron la última manifestación

de mayo del 68, con una metáfora apropiada hasta cierto punto.

Junto a Sartre, notable y visible, es inevitable la figura del otro hombre esencial de la Francia del siglo, igual de apasionado, aunque de figuración más discreta, porque también fue más modesto en sus pretensiones como hombre y como artista: Albert Camus, nacido en 1913. Camus fue por diez años uno de los mejores amigos de Jean-Paul Sartre. Hasta que la amistad compleja y difícil de llevar se resquebrajó en las urgencias de la acción política, en el compromiso con los desvalidos del mundo que los dos asumieron y en la esperanza contradicha por los resultados del gran laboratorio social de la Rusia soviética. Ésta sería la discrepancia principal que acabó por divorciar a los dos camaradas después de una polémica grave y divertida que el mundo siguió con atención como si fuera un campeonato entre titanes. La postura de Sartre ante el Gulag estalinista, lo que llamó Camus la situación concentracionaria; su actitud complaciente ante las lacras manifiestas del comunismo por fidelidad a la revolución, justificado en la eficacia política y amparado en el odio a la burguesía a la que perteneció, resultaron inaceptables para Camus. Y los ensayos de éste sobre el hombre rebelde y el fracaso de la violencia revolucionaria que acaba siempre por traicionar el proyecto liberador en un totalitarismo metafísico, provocaron la reacción de Sartre y su cuadrilla para ponerlo en términos taurinos. Sartre fue también un torero a su modo. De alto riesgo, además, a causa de sus problemas oculares que le impidieron a veces distinguir el color de los toros que enfrentaba, o anticipar las intenciones de sus embestidas.

Cuando murió Camus, temprano, en plena producción —“mi obra apenas comienza, había dicho”— dejó a Sartre solo en el tinglado espinoso de la filosofía francesa convertida en espectáculo. Y Sartre debió lamentar la muerte de su entrañable adversario, que no le dejó más remedio que envejecer sin la valiosa oposición del viejo amigo, drogado, hiperactivo, situado siempre en las trincheras de la vanguardia del combate intelectual, y repartiendo al final de su vida

en ruinas los periódicos de los maoístas. Pues cuando las miserias del marxismo en la URSS se hicieron tan evidentes que era imposible para un intelectual honrado seguir justificándolas, y defendiéndolas, se unió a los grupos de la extrema izquierda prestándoles su prestigio. Hasta el día de su muerte. Ésta lo acogió en un deterioro deplorable, en una trágica decadencia, hecho un anciano prematuro, destruido por la estrechez congénita de las arterias que agravaron las drogas siquiátricas de las que se atiborraba para mantenerse despierto y cumplir la tarea histórica que se impuso desde la juventud. Dueño de un altísimo concepto de sí mismo —“jamás encontré un hombre que se me igualara”—, al final debió decir: “me tratan como a un muerto que tiene el inconveniente de expresarse”.

En sus oceánicos recuerdos, media docena mal contada de volúmenes, Simone de Beauvoir dejó una imagen mezquina de Sartre a pesar del amor que le profesó, cercano a la devoción. El hombre sin trascendencia, despojado de los falsos consuelos de la religión, aspiraba sin embargo a la permanencia en el recuerdo de los hombres, a la Gloria, aunque jamás osó nombrar el monstruo con esa palabra superlativa, que no es más que una superstición ilustrada, la suma infeliz de unos malentendidos. Pero Sartre fue elevado a la altura del intelectual paradigmático del siglo por otras razones. Su vida resumió el desgarramiento que define el estado espiritual de su tiempo. El burgués alineado con los condenados de la tierra derivó desde las angustias de la existencialista falta de sentido sustentada en las lecciones de su primer mentor, el jesuítico Heidegger, al compromiso con la historia y con los hombres, y a la política, como camarada de viaje del barco errático de los comunistas franceses. Todos los que seguimos su trayectoria aprendimos así de él que no es fácil vivir bajo la conjunción de los soles opuestos que se empeñó en meter en una sola constelación.

Sin embargo, frente a Sartre, prevalece el pensamiento de Camus, un hombre enfermizo, con una personalidad menos intrincada, nacido en la extrema pobreza en Argelia, de una mujer impedida que no



sabía leer, y pensaba que la reina de Inglaterra era triste. Hombre de teatro, novelista y ensayista, muerto en 1960 después de obtener el Premio Nobel en 1957, y de recibirlo con un discurso conmovedor por su humildad, Camus sigue vigente. Mientras la obra de Sartre, apolillada, pierde brillo y poder, y evidencia con el paso del tiempo amargas inconsistencias. No sólo por su posición ética frente a los crímenes de los comunistas, y por su premonición de que la independencia argelina acabaría en desastre, el vitalismo de Camus triunfa hoy sobre el atareado Sartre que redujo su vida a los tormentos del escritor profesional.

Al conocer la noticia del Nobel de Camus en 1957 Sartre dijo con ironía: “lo merece”. Camus sólo afirmó que Malraux hubiera sido más digno de recibirlo. Orgulloso, y altivo, con la autoestima hipertrofiada, Sartre fue agraciado con la distinción siete años más tarde, en 1964, pero renunció al galardón con el argumento de que los lazos de un hombre con la cultura deben desarrollarse sin la intermediación de las instituciones. En el fondo la renuncia obedeció a su afición por los grandes gestos. Y al altísimo concepto que tuvo de sí mismo. “Todos los honores son inferiores a mí”, dijo una vez. Y que eran ofrecidos a otro.

La conmemoración del primer cincuentenario de su muerte en un accidente automovilístico devuelve a Camus una presencia inesperada que Sartre ya perdió. Camus resiste mejor el peso de los años. Sus novelas, *El extranjero* y *La caída*, aún se leen con gusto más allá de las motivaciones coyunturales. Por el contrario, las obras literarias de Sartre, con excepción de *La náusea*, escrita en los comienzos de su notoriedad, cuando todavía era más inocente, y experimentaba con mescalina, y agitaba la idea de la derrelicción del existencialismo cuyos fieles se reunían en torno suyo en los cafés de turistas de París, ahora son ilegibles, como sus textos políticos llenos de pretensiones, escritos desde las categorías de un incómodo marxismo y llenos de afirmaciones radicales. La voz de Camus, su crítica de la acción y de la revolución, su repudio de la violencia y el terrorismo aunque sea por causas altruistas, parece más actual y urgente ahora que en los años de la disputa con Sartre y sus amigos. Sobre

todo en Latinoamérica donde tantos intelectuales aún se hacen los sordos, o los que no quieren oír, y persisten en las vanidosas y perniciosas adicciones redentoras del siglo XX, y en el culto de la violencia, y fungen de guardianes del panteón de asesinos de una imposible moral revolucionaria, Camus es un escritor necesario al que es bueno regresar.

La disputa entre Camus y Sastre, realizó el enfrentamiento entre las ilusiones de la academia —el arrogante Sartre disfrutaba recalando la falta de preparación filosófica de Camus—, y los sentimientos del hombre común que padece los espejismos de la historia. La chismografía atestiguó un montón de banalidades para explicar la separación de los dos amigos. Unos atribuyen el divorcio a la molestia de Sartre por la negativa de Camus a contarse entre los acólitos de la capilla del existencialismo aunque coincidiera con sus principales preocupaciones. Otros apelan a un supuesto desdén de Camus ante el asedio amoroso de la voraz amante de Sartre. Y al resquemor de Sartre por los éxitos de su querido adversario intelectual con las mujeres bellas. Simone de Beauvoir en una de las conversaciones de *La ceremonia del adiós*, reseña de espantos de los últimos años de su compañero, evoca un problema de faldas. Poco importa. Camus había notado en su crítica de la acción que los grandes compromisos encubren a veces mezquinas ambiciones de prestigio. Y al cabo permanecerán unidos para siempre más allá de las abstracciones filosóficas, por la preocupación por el estilo, “esa cosa tan rara”, según Sartre. Dignos representantes de la Francia de Flaubert que valoró tanto las formas, solían sacarse en cara sus tropiezos de prosistas. Sobre Flaubert, Sartre escribió un ensayo que tituló *El idiota de la familia*.

En *Pensadores temerarios*, Mark Lilla reseña las miserias físicas y morales de un grupo de intelectuales necesarios en la historia del siglo XX, apoyándose en las experiencias de Heidegger, Hanna Arendt, Jaspers, el legendario Kojève, Benjamín, Schmidt, Derrida, Foucault. Falta Sartre en el gran reparto. Aunque merecía un lugar en la comparsa tragicómica. No sólo porque había dicho que todos los anticomunistas son unos perros, que el marxismo es el horizonte insupera-

ble de la libertad y la moral, y la Renault es el fascismo, sino por lo contradictorio. Al mismo tiempo no cesó de imponer su fama en la batalla por la liberación de muchos intelectuales rusos presos en las cárceles del estalinismo, y para proteger a los exiliados del infierno bolchevique recién llegados a Francia.

Lo que más aterra en Sartre, extraño santo del ateísmo, contra la admiración inevitable que despierta, es el desprecio que expresó a veces por los hombres y por su propia tarea. En un ensayo de *Situaciones*, afirmó que el mundo pasaría bien sin literatura... y mejor sin los hombres. Una declaración que Camus jamás habría suscrito, pues nunca renunció a la certeza de que son los hombres con sus sueños, su sentido de la amistad, su gusto por el sol y su apego a la vida, los que dan sentido a las cosas.

En el discurso de recepción del Nobel, Camus declaró que los escritores no pueden ponerse al servicio de los que hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren. Y que no pueden darse el lujo de mentir respecto de lo que se sabe. Una alusión velada a Sartre, que en su rigor revolucionario fue capaz de admitir que existen crímenes buenos y crímenes malos, y que establecía diferencias entre la tiranía burguesa y la tiranía del proletariado. Sobre Sartre, queda decir lo que dijo Heidegger, su maestro: quien piensa a lo grande, se equivoca en grande. O repetir lo que dijo de sí mismo: se hizo lo que se pudo, se hizo lo que había que hacer.

Para Camus, lo absurdo es que un hombre que mata una vez deba pagar con su vida, mientras otro que mata mil veces es recompensado con honores. Camus se apartó de los comunistas para no ser cómplice de sus violencias que sumaban sufrimientos inútiles al mundo. En el modesto papel que asumió como escritor prefirió ser creador a ser juez, un luchador contra el instinto de muerte que agitó el siglo XX, en recuerdo de sus breves y libres momentos de felicidad, y en la esperanza de volverlos a vivir. ■

Eduardo Escobar (Colombia)

Poeta, periodista y ensayista. Escribe columnas de opinión para el periódico *El Tiempo* y la *Revista Soho*.